



ARTÍCULOS

Obstáculos políticos y doctrinarios a la industrialización de América Latina

Jorge San Román

Revista de Economía y Estadística, Segunda Época, Vol. 4, No. 1-2-3-4 (1951): 1º, 2º, 3º y 4º Trimestre, pp. 31-34.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3293>



La Revista de Economía y Estadística, se edita desde el año 1939. Es una publicación semestral del Instituto de Economía y Finanzas (IEF), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Valparaíso s/n, Ciudad Universitaria. X5000HRV, Córdoba, Argentina.

Teléfono: 00 - 54 - 351 - 4437300 interno 253.

Contacto: rev_eco_estad@eco.unc.edu.ar

Dirección web <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/index>

Cómo citar este documento:

San Román, J. (1951). Obstáculos políticos y doctrinarios a la industrialización de América Latina. *Revista de Economía y Estadística*, Segunda Época, Vol. 4, No. 1-2-3-4: 1º, 2º, 3º y 4º Trimestre, pp. 31-34.

Disponible en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3293>

El Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Córdoba es un espacio destinado a la difusión de las investigaciones realizadas por los miembros de la Universidad y a los contenidos académicos y culturales desarrollados en las revistas electrónicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Considerando que la Ciencia es un recurso público, es que la Universidad ofrece a toda la comunidad, el acceso libre de su producción científica, académica y cultural.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/index>

OBSTACULOS POLITICOS Y DOCTRINARIOS A LA INDUSTRIALIZACION DE AMERICA LATINA

I. — La diversidad, en sus respectivas condiciones geográficas, demográficas, de nivel técnico, cultural, etc., determinó procesos evolutivos diferentes en las economías nacionales cuyas relaciones integran la economía mundial.

Los países que lograron superar la etapa agraria, alcanzando la industrialización, adquirieron, por este hecho, un rango privilegiado. Y esta preeminencia se manifestó tanto en su ámbito interno, con la elevación del nivel de vida, como en el concierto internacional, donde disfrutaron de la incuestionable superioridad económica, política y militar que les procuraban sus recursos industriales.

Mientras tanto, las naciones y territorios menos evolucionados económicamente quedaron en la condición de países atrasados o de economía agraria. Su poco envidiable papel económico fué el de servir forzosamente de fuente de materias primas a los países industrializados de mercado para la colocación de los excedentes de su producción industrial e inversiones financieras.

Se ha dicho con certeza que, en esta estructura de la economía del siglo XIX, a los países latinoamericanos, por su condición de agrarios, les correspondía un puesto en la periferia de ese sistema económico mundial, concordante con la construcción teórica de los economistas liberales. Y que era el resultado de la política que implícitamente preconizaban.

Consecuencia de este estado de cosas fué que las riquezas de todo el mundo se explotaran en provecho de las potencias colonizadoras. Y el beneficio que esto significara para el bienestar material de estas metrópolis imperialistas se destacó como un contraste, frente a la miseria material y moral de los pueblos expoliados.

Es notable que, en muchos casos, para explotar en su provecho la economía de los países poco adelantados, adquiriéndoles a vil precio sus materias primas e imponiéndoles servilumbres en sus mercados importadores, no siempre les era necesario a las potencias imperialistas dominar política y directamente sus territorios.

Porque para obtener tan estupendo resultado bastaba a los países industrializados de Europa, fomentar la difusión en los países agrarios de ciertas doctrinas liberales de modo que las mismas impregnaran sus instituciones políticas y económicas. E influenciar además a sus gobernantes, como realmente lo hicieron. Para alcanzar este objetivo utilizaron alternativamente la coacción de la fuerza o la tentación del oro.

De esta suerte, ciertos países agrarios que se titulaban Estados soberanos, sólo lo eran de nombre debido a su dependencia económica. En realidad, como bien se ha dicho, sólo constituían colonias más convenientes que las otras para la metrópoli. Porque el auto-gobernarse, de acuerdo a directivas foráneas, ahorra los gastos considerables de un aparato burocrático y militar.

Tal era la estructura de la denominada economía mundial, en el siglo XIX y en las primeras décadas del actual, siendo incuestionable que la misma determina la característica más saliente de una época en la historia económica de la humanidad.

Pero la primera guerra mundial acelera considerablemente el proceso de industrialización de los países agrarios extracarropeos. Pudo observarse, en todos éstos, una firme tenden-

cia a elaborar industrialmente una cantidad cada vez mayor de sus materias primas.

En el mismo informe definitivo de la “Conferencia Económica Internacional” del año 1927, realizada bajo los auspicios de la entonces existente Sociedad de las Naciones, se expresaba que después de un siglo durante el cual los otros continentes habían provisto a Europa de sus productos brutos para comprarle, en cambio, los manufacturados, que ésta era la única capaz de fabricar entonces, podía observarse la iniciación de un período nuevo en el cual aquellos países pretendían crear sus propias industrias.

Esto, como es obvio, empezó a obstaculizar la explotación colonialista de las naciones que hasta entonces habían estado en la periferia del sistema económico mundial. Y planteó a las potencias imperialistas super-industrializadas de Europa un problema de fundamental importancia que afectaba la vida misma de su tradicional sistema económico-político.

Porque los mercados donde les había sido siempre posible verter sus saldos exportables de productos industriales quedaron considerablemente reducidos. Y, como lógica consecuencia, también sus posibilidades de obtener divisas para importar las materias primas se vieron drásticamente disminuídas.

El solo enunciado de las consecuencias expuestas basta para poner en evidencia que se trataba de causas susceptibles de dislocar la economía de los países super-industrializados y colonialistas. Y de alterar profundamente una estructura de la economía mundial que parecía haber sorteado con éxito la borrasca de la primera gran guerra.

Desde luego, esto hace que la industrialización de los países agrarios se convirtiera en uno de los problemas económicos fundamentales de nuestro tiempo.

Surge de lo expuesto que si la explotación colonialista de los países agrarios podía calificarse de repudiable desde el punto de vista de la Justicia y el Derecho, era en cambio muy lucra-

tiva para sus beneficiarios. Y las exigencias de la particular índole del sistema económico, parecían imponerla como un imperativo. No es de extrañar, entonces, que las potencias imperialistas se opusieran, por todos los medios, a la industrialización de los países agrarios que les privaba de su fuente de materias primas, de mercados y, aun, de recursos financieros.

Esta oposición puede considerarse como uno de los obstáculos que, conjuntamente con los de índole estructural, impidieron o retardaron el desarrollo industrial de América Latina. Y la misma revistió dos formas fundamentales:

1º) Aquélla que se traducía en medidas de Política Económica con las cuales se intentaba ahogar las industrias y la economía misma de los países que, como el nuestro, han emprendido resueltamente la vía de la industrialización, base de la independencia económica y política;

2º) La difusión de doctrinas que creaban, en la juventud de los países agrarios, una mentalidad inhibitoria y propicia a la sumisión económica y política.

JORGE SAN ROMÁN